

## LA PRÁCTICA PROFESIONAL DEL TUTOR EN RELACIÓN CON LOS ALUMNOS DE NIVEL POLIMODAL.

### Algunas reflexiones y aportes.

Beatriz Graciela Borenstein.

Joan Riart I. Vendrell (1999) caracteriza al tutor como *“el orientador más próximo al alumno”*.

Canteros y colaboradores (1997) sostienen: *“Se trata de una función facilitadora. Centrada en el análisis para la resolución de problemas que se presentan en lo real de lo cotidiano, su ejercicio apunta a producir formación en temáticas propias del quehacer humano intersubjetivo que requieren no sólo “información” sino “elaboración”. Un saber hacer que pueda concluir en posicionamientos responsables frente a cuestiones pragmáticas y éticas: la posición frente a la ley y la autoridad, derechos y deberes, discriminación, solidaridad, relaciones grupales, el estudio y su evaluación, el cuidado propio y del prójimo. Se trata aquí de una función “productora de subjetividad”*

Los autores citados consideran que es durante la escolaridad media cuando la función tutorial hace su mayor contribución a la formación de la subjetividad, por las problemáticas que se presentan en la adolescencia.

En la actualidad existe un fuerte consenso en torno a la idea de que la sociedad global ha producido profundos cambios en la configuración de la subjetividad de los jóvenes. La consideración de dichos cambios nos lleva a dejar de pensar estos períodos de la vida como categorías abstractas, recortadas de las circunstancias sociales, culturales y económicas de los sujetos y definidas de una vez para siempre. Por lo tanto, su complejidad se hace evidente y merece ser considerada a la hora de analizar estrategias de intervención en el área de la Orientación Escolar.

Mendes Diz y otros (2004: 8) sostienen: *“El concepto de juventud alude a una complicada trama de situaciones sociales, actores y escenarios que dan cuenta de un sujeto difícil de clasificar. No se trata de una entidad acabada ni existe un modelo “legítimo” de joven sino que éste está íntimamente relacionado con la estructura social y con la historia”*. En consecuencia, no todos los individuos que tienen la edad de ser jóvenes, se encuentran en la misma situación, ni tienen las mismas necesidades, ni requieren las mismas estrategias orientadoras.

Fernando Avendaño (1999), considera que: *“Quienes se desempeñan como tutores, acompañando a los alumnos en sus procesos de socialización y aprendizaje, no actúan en soledad, sino en el marco de una institución que, de alguna manera, configura y condiciona su accionar”*.

En este sentido, es necesario reconsiderar el rol que la institución escolar asume en la actualidad. Es evidente que la escuela ha perdido el lugar que ocupó en tiempos de la modernidad. Si bien es cierto que la visión que se tiene de la escuela está altamente influenciada por la pertenencia a una determinada clase social, esta institución ha dejado de ser un referente significativo tanto para los jóvenes como para la sociedad en general.

Cristina Corea (2005), analizando las características de las instituciones posmodernas, en especial las de la escuela, expresa: *“Hablar del agotamiento de las instituciones es aludir a una pérdida: precisamente, la capacidad de instituir; las instituciones han devenido impotentes en su centenaria capacidad de producir reglas, sentido, lugares de enunciación. Han devenido impotentes para producir subjetividad”*.

La subjetividad pedagógica, sostiene, ha dado paso a una subjetividad mediática. Si el dispositivo pedagógico está agotado, la función tradicional de la escuela pierde legitimidad. Los jóvenes han encontrado otros modos de socializarse. Los medios de comunicación, los grupos de pares, representan alternativas más significativas en términos de pertenencia y compromiso.

Según Marcelo Urresti (2000): *“Los jóvenes mantienen con las instituciones escolares una relación definitivamente ambigua y compleja”*.

La escuela ha dejado de ser considerada como un medio para el progreso social. Los docentes dejan de ser vistos como portadores de saber; los jóvenes encuentran formas más dinámicas de conocer el mundo. En general, manejan con mayor facilidad que los adultos el acceso a la información. La autoridad del docente, característica de la escuela moderna, se desvanece. La comunicación entre jóvenes y adultos en el ámbito familiar y escolar se transforma sustancialmente. *“En la era de la información, la comunicación es un destituido más”*, dice Cristina Corea (2002, 43)

Cabe entonces preguntarse: si la escuela media ha perdido el rol protagónico en la socialización y en la transmisión de

saberes, si la palabra carece de capacidad de producir sentido, ¿es posible seguir pensando en la función tutorial como facilitadora de procesos reflexivos, como productora de subjetividad? ¿Podemos seguir validando el espacio de tutoría como impulsor de los procesos de la orientación educativa?

Probablemente para responder a esta pregunta, sea necesario cambiar la lógica desde la cual habitualmente se piensan muchas intervenciones educativas. En principio, el tutor debe dejar de ser el depositario de la tarea correctiva de los desajustes, tanto individuales como grupales. Es evidente que este punto lo excede, pues está vinculado a otro más abarcativo, como es la inclusión de las tareas de orientación en la escuela. Pero también es cierto, que si este profesional queda adherido a la primera visión, aparecen fuertes sentimientos de frustración y de agotamiento.

Es frecuente que los tutores se sientan impotentes y agobiados por las múltiples responsabilidades de las que deben hacerse cargo. Son ellos los que se sienten desbordados. Por un lado, por las demandas institucionales. Por otro, por la complejidad que entraña establecer vínculos significativos con sus alumnos.

En el trabajo con los orientadores se advierte una fuerte nostalgia por aquella juventud que fue y que ya no es más. Se trata de un desencuentro de expectativas entre un pasado idealizado y un presente devaluado. Dicho desencuentro conlleva una ruptura en el vínculo, que genera desazón tanto en los jóvenes como en sus tutores. En ocasiones, estos últimos se quejan de la falta de respuesta a sus iniciativas, quedando atrapados en la mera descripción de aquello que critican y por consiguiente, en una completa inacción.

El acompañamiento sostenido a estos profesionales cobra entonces un valor fundamental. Ellos deben entrar en contacto con marcos conceptuales que les permitan entender las necesidades de sus alumnos generando una mirada y una escucha diferentes. Esto les posibilitará pasar de un enfoque correctivo a otro predominantemente preventivo. También los habilitará para generar prácticas orientadoras pertinentes a través de las cuales se construya la subjetividad tanto de los adultos como de los jóvenes.

Marcelo Urresti (2000), expresa:

*“Para que el profesor tutor pueda ejercer su función con eficacia tendrá que tener un pie bien afirmado en esta no siempre transparente cultura juvenil, cada vez más compleja, cambiante y sutil, en la que podrá articular estrategias de colaboración y recuperación con el ámbito escolar. Un profesor tutor que estuviera atento a las transformaciones del mundo cultural de los jóvenes, de sus ideas, de sus expectativas, de sus preferencias, de sus limitaciones y temores, en resumidas cuentas, de los imaginarios en los que construyen su experiencia histórica, tendrá más elementos para cumplir exitosamente con su misión”*

Un modo más sensible de escucha de las necesidades de los jóvenes permitirá compartir la construcción del espacio tutorial, entenderlo no sólo como patrimonio del docente tutor sino de todos los integrantes del grupo. Desde ese “saber compartido” puede tener lugar el encuentro de sentido indispensable para la comunicación humana.

Los adolescentes y los adultos tienen una problemática común que es la pérdida de certezas. Tanto unos como otros transitan la experiencia de percibir un futuro incierto. Tal vez este denominador común pueda servir como eje para pensar reflexivamente modos más operativos de vincularse entre pares, entre generaciones y con los saberes que la escuela transmite.

La instalación de códigos comunes supone también la aceptación de que no existen soluciones definitivas ni generalizables a todas las situaciones y que la incertidumbre, presente en todas las interacciones humanas, puede entenderse como un desafío y no como un riesgo.

Se hace necesario “habitar” el espacio tutorial, dotándolo de nuevos contenidos y significados a partir de un trabajo colaborativo.

Indagando las ideas que directivos, docentes y alumnos tienen acerca de la función tutorial<sup>1</sup>, estos últimos rescataron la necesidad de la existencia de la tutoría como espacio de intercambio, valorando los esfuerzos individuales hechos por sus tutores y aportando ideas para el mejoramiento de su labor. Los jóvenes demandan ámbitos en los que la

interacción tenga una cualidad diferente a la que se genera en la enseñanza y el aprendizaje de las asignaturas. A su vez, reclaman el trabajo sobre temáticas que les son prioritarias en su vida.

Es necesario señalar que los adolescentes no son autónomos, siguen necesitando de la orientación de los adultos para construir su proyecto de vida.

Asimismo, los tutores no son omnipotentes, requieren del soporte institucional que les brinde espacios de formación y reflexión acerca de su rol, en los que se abran preguntas que desacralicen el papel de la escuela en general y de su función en particular.

En una comunicación anterior<sup>2</sup> se propuso el modelo clásico de supervisión de la práctica, conocido como de "supervisión clínica", como un insumo fértil para avanzar en la búsqueda de un método de capacitación que se adecue a la especificidad de la tarea tutorial. Este modelo facilita un proceso formativo en donde se parte de la práctica concreta del tutor y a través de los marcos teóricos, se interpela dicha práctica avanzando en una reconceptualización del rol. Además permite incluir la cultura institucional en el análisis de la práctica tutorial, evitando la descontextualización que implica depositar exclusivamente en el tutor la función orientadora. El análisis y la reflexión acerca de las representaciones que los docentes tutores tienen en torno a la adolescencia o la juventud es un contenido insoslayable de dicho proceso de formación.

Finalmente es necesario puntualizar que a pesar del ritmo vertiginoso en el que vivimos cotidianamente, se vuelve fundamental la creación de espacios formales de capacitación. Estos deben estar instituidos desde el Proyecto Educativo y sería deseable que por su regularidad y frecuencia, constituyeran un espacio de aprendizaje y reflexión continuos con el propósito de conceptualizar, reconceptualizar y poner en 1 Borenstein, B. (2001). *Las ideas, creencias y expectativas que directivos, docentes, alumnos y tutores de Nivel Polimodal (3º, 4º y 5º años del nivel secundario) tienen acerca de la función Tutorial: sus vinculaciones con la delimitación de este rol profesional*. Tesis de maestría. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Bs. As.

<sup>2</sup> Borenstein, B. G (2004). *Nuevas configuraciones en los modelos de capacitación de tutores*.

IAEVG. Conferencia Orientación, Desarrollo de la Carrera e Inclusión Social. Coruña, España práctica estrategias de intervención tutorial que fueran consonantes con las circunstancias actuales.

La investigación en este campo representa un instrumento privilegiado para contribuir a su enriquecimiento.

## BIBLIOGRAFIA

Arnaiz, P. y Riart I Vendrell (1999). *La tutoría: de la reflexión a la práctica*.

Barcelona: EUB.

Avendaño, F. (1999). Editorial. *Revista Aula hoy*, Año 5, N° 14. (p.2 )

Canteros y otros (1997). *Aportes de la función tutorial en la constitución de la subjetividad*. Cátedras Psicología General y Psicología Psicoanalítica. Ciencias de la Educación. UBA. (Mimeo)

Corea, C. y Lewkowicz, I. (2005). *Pedagogía del aburrido*. Buenos Aires: Paidós.

Mendes Diz, A., Di Leo, P., Camarotti, A. (2004). La construcción histórico social de la juventud: Una aproximación a la promoción de la salud en el ámbito escolar. *Revista Aprendizaje Hoy*. Año XXIV, Número 58, (pp.7-14).

Gareca, S. (2004). Las adolescencias del polimodal en la modernidad líquida. Una mirada para comprender a los jóvenes de Hoy. *Revista Aprendizaje Hoy*. Año XXIV, (pp.7-19).

Urresti, M. (2000). "Cambio de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela" En Tenti Fanfani, E. (comp), *Una escuela para adolescentes. Reflexiones y valoración*, (pp.11-78). Buenos Aires: UNICEF- Losada.